



Sin salidas, sin opciones

Fordismo, crisis y reestructuración capitalista. El caso argentino, de Lucchinni, Cristina, Juan Ferrante y Roberto Mínguez, Buenos Aires, Editorial Biblos, 1999.
Reseña de Leandro Morgenfeld

El libro es un claro ejemplo de una empresa tan ambiciosa como desmedida e ilusoria: pretender dar cuenta, en apenas algo más de 100 páginas, del devenir de los últimos cien años de historia del capitalismo mundial, de sus crisis económicas y políticas, y del proceso particular que se desarrolló en la Argentina. Ya en la introducción, donde además se resalta la necesidad de pensar nuevas situaciones y respuestas frente a las rupturas de las certezas acumuladas anteriormente (¿fin de los grandes relatos?, ¿fin de la posibilidad de estudiar la sociedad como un todo orgánico?), se explicita el objetivo contradictoriamente gigantesco: el trabajo está centrado en los procesos socioeconómicos, pero a la vez se atienden los procesos políticos, los debates teóricos, la modificación de valores y costumbres o las nuevas formas de la vida cotidiana. También se señala allí que el objetivo del estudio es responder a las grandes preguntas supuestamente instaladas hoy en la sociedad: ¿es posible conciliar los avances espectaculares de la tecnología con las demandas sociales?, ¿es posible aunar desarrollo económico con empleo para todos?, ¿es factible una estructura social donde se aseguren al mismo tiempo el desarrollo científico y técnico, el progreso económico, el bienestar social y la sustentabilidad ambiental? Hay que pensar de nuevo lo caduco, *aggiornarse*, ser original frente a las “nuevas realidades” y para ello se recurre a una fórmula sólo aparentemente más compleja: explicar la totalidad del proceso social, pero apelando a una yuxtaposición de infinidad de elementos, sin establecer ninguna jerarquía explicativa que los relacione lógicamente.

Carente de cualquier base empírica, la publicación no es más que una nueva expresión de una vieja ilusión del progresismo implícitamente burgués que podríamos resumir en la siguiente “máxima”: la economía es manejable, regulable, y esa es la tarea del Estado, agente autónomo que actúa más allá de cualquier anclaje clasista. Niegan de un plumazo el carácter esencialmente anárquico del sistema capitalista y, por lo tanto, que las crisis se deriven de esa peculiaridad de este sistema productivo. Las contradicciones pueden superarse, los opuestos reconciliarse y el sistema desenvolverse con un grado relativamente importante de armonía si el Estado, como un *deus ex machinea*, actúa como corresponde.

El trabajo se divide en cuatro partes. En la primera se estudia la consolidación y expansión del sistema denominado “fordismo” a partir de la finalización de la Primera Guerra Mundial; en la segunda se estudia la crisis del fordismo y la reestructuración del capitalismo iniciadas a comienzos de 1980; en la tercera se analizan las características que tuvo ese mismo proceso en la Argentina, desde fines de los ‘50 (donde más claramente comienza a manifestarse



lo que los autores llaman “fordismo periférico”); y en la cuarta se estudian las profundas transformaciones que ocurrieron en nuestro país a partir del golpe de 1976.

En el capítulo inicial, como dijimos, se proponen dar cuenta de la evolución del mundo capitalista desde la primera posguerra hasta la década del setenta. En los años veinte, y tras el fracaso de las grandes huelgas, se logró instaurar el taylorismo (trasladar a la gerencia de la empresa todo el conocimiento tradicional que poseían los obreros calificados y cronometrar el trabajo en función del tiempo-movimiento y la subdivisión de las tareas). Ya con el fordismo, instaurado unos años más tarde, se incorporó la línea de montaje o cinta sin fin, inaugurando una era de despotismo de la máquina sobre el trabajo humano. Como la mayoría de los autores regulacionistas, confunden las características propias del régimen manufacturero (subdivisión de las tareas y constitución del obrero parcial, con una primacía del trabajo subjetivo) con las características de la gran industria (mecanizado el proceso productivo, el obrero es ahora sólo apéndice de la máquina) y luego las mezclan con otra serie de elementos aleatorios (producción estandarizada, altos salarios, retroceso de la sindicalización, consumo ampliado de masas, reducción de costos, etc.), obteniendo una amalgama casual a la que transforman en modelo. Prefieren las categorías de regímenes de acumulación (taylorismo, fordismo, fordismo periférico, toyotismo), donde mezclan aspectos estrictamente relacionados con la esfera de la producción con otros vinculados con el tipo de remuneración (“el fordismo exige altos salarios”), la lucha de clases (“la consolidación del taylorismo permitió la derrota de los sindicatos de obreros calificados”), el tipo de Estado (la pareja fordismo-estado de bienestar) y elementos culturales e ideológicos. Sin embargo, esta conceptualización que parecería ser más rica que la presentada como una “ortodoxia marxista economicista”, en realidad lo que hace es oscurecer el fenómeno que está estudiando. La riqueza de una explicación no está dada por una yuxtaposición de una serie de elementos muchas veces aleatorios, sino por la posibilidad de establecer una lógica relacional entre ellos. Y esa es la principal carencia de este tipo de trabajos. Por ello, es sumamente sorprendente que, a pesar de que el tema central de libro sea el fordismo y la crisis (al menos eso es lo planteado en el mismo título), no se preocupen los autores por definir a qué llaman fordismo y cómo caracterizan la crisis. Lo mismo ocurre con el problema del Estado. No adscriben explícitamente a una teoría sobre el Estado aunque insisten, como veremos, en que la función del mismo es regular la marcha del sistema, ser árbitro entre los intereses contrapuestos. Algo así como la visión que Hegel tenía del Estado prusiano, como máximo representante de los intereses del conjunto de todos los ciudadanos. El Estado estaría, para estos autores (claro que no lo dicen; difícil es encontrar definiciones y posicionamientos teóricos explícitos en esta obra), más allá de la contradicción principal entre capitalistas y proletarios. Esto no es más que uno de los argumentos contra los que



Marx y Engels discutían tan claramente en *El Manifiesto del Partido Comunista*, cuando denunciaban el carácter burgués del estado, hace más de 150 años (con lo cual la supuesta “novedad” de lo que plantean estos autores se torna más bien dudosa...).

Se reflota, en un tono supuestamente progresista, la ilusión, basada solamente en apariencias, de que el Estado puede estar más allá de las relaciones sociales que lo consolidaron, de que puede constituirse en el *demiurgo* que hace y deshace a su antojo. El boom económico de los cincuenta y principios de los sesenta fue posible entonces, según los autores, gracias a la intervención de los gobiernos, que con sus políticas indujeron determinados comportamientos a la población. El Estado manejó la economía a través del crédito, de los instrumentos fiscales, cambiarios y monetarios (desgravaciones, exenciones arancelarias, fijación de precios y paridades, etc.). También actuó como creador directo o indirecto de mercados, como gestor directo de empresas y ramas productivas enteras, generando infraestructuras y en un sinnúmero de acciones encaminadas a orientar la actividad productiva y a regular las relaciones sociales. La recuperación posterior a la crisis del ‘29 se debió a que crecieron los gastos sociales del Estado, lo cual se constituyó en el núcleo central de la política de acumulación fordista, “mediante el desarrollo de políticas activas tendientes a impulsar el crecimiento sostenido de la demanda basado en la implantación de acciones reguladoras de la actividad económica”. En la segunda posguerra, lo que dominó fue la instauración de Estados que intervenían fuertemente en la economía, consolidándose así un modelo que defendía el pleno empleo, la seguridad social y la distribución de la riqueza; es decir, una política de colaboración mutua entre el Estado, los empresarios y las organizaciones sindicales. Ese estado, señalan, se reservó el papel de árbitro en el conflicto entre el capital y el trabajo.

En la segunda parte del libro se analiza la crisis del capitalismo y su posterior reestructuración, a partir de la década del setenta. El Estado benefactor que permitió el boom de la posguerra fue también el que generó la crisis posterior, la de fines de los sesenta y principios de los setenta. Fue el responsable de la brecha entre las condiciones de rentabilidad de la economía genuina y los beneficios realmente percibidos por el capital. La que ocurrió fue una crisis no del sistema sino una crisis fiscal del Estado. Toda la explicación gira entonces alrededor de la política, que determina (término que no les gustaría a los autores) el funcionamiento de la economía. Veamos cual es la visión de la crisis: “Los sucesivos aumentos del petróleo precipitaron esta crisis de los 70, aunque no la generaron, dado que el fuerte crecimiento de la parte proporcional de los salarios –en detrimento de las ganancias- provocó una baja en la tasa de rentabilidad del capital, lo cual determinó una caída de las tasas de inversión, verdadero motor de la recesión”. La caída de la rentabilidad se debió al estrangulamiento de la ganancia



(*profit squeeze*) ocasionado por los crecientes salarios. Así, este análisis coincide con la explicación burguesa de las crisis, que ve el obstáculo definitivo para la acumulación en el trabajo y no en el propio capital. La salida aplicada por los gobiernos de los países centrales fue la instauración de una política monetarista que modificó las anteriores reglas de la distribución de los ingresos en la sociedad, favoreciendo la obtención de rentas especulativas sobre las utilidades de las inversiones productivas. Este nuevo modelo de acumulación, parecen advertir los autores, no trajo ni traerá prosperidad para todos. No es el capitalismo “humano” que ellos pretenden.

El problema actual, señalan siguiendo los postulados que hoy están más de moda entre los intelectuales “progresistas”, es la libre movilidad del dinero y del capital a escala mundial. El capital financiero se desplaza de acuerdo a criterios de maximización de beneficios en el menor plazo posible y con una minimización de los niveles de riesgo, lo cual produce el altísimo grado de inestabilidad que caracteriza al actual sistema económico mundial. El problema es entonces la autonomización del capital financiero, cual un *Frankenstein* que ha cobrado vida propia. Se plantea un escenario de enfrentamiento entre el capital financiero o especulativo y el productivo, como si ambos no fueran una sola y misma cosa. Nuevamente el árbol no deja ver el bosque, la particularidad (funciones y remuneraciones distintas de cada uno de estos capitales individuales) no permite comprender la unidad del capital como tal. Se ignora, asimismo, que el hecho de que el capital pueda desplazarse más libremente que nunca y que la producción esté sumamente mundializada es algo esencial para el desenvolvimiento del sistema. Las contradicciones que de ahí en más se deriven, son propias del sistema y sólo superables con la destrucción del mismo. Entender la lógica del capital y la imposibilidad de diluir ciertas contradicciones esenciales al mismo nos permitirá evitar posturas políticas destinadas al fracaso, como el pretender que el Estado pueda moldear a las relaciones sociales para difuminar su carácter contradictorio.

En definitiva, lo que subyace en este tipo de planteos es que la crisis (en este caso la del treinta y la del setenta) no es una crisis sistémica, sino una crisis de un modo de acumulación, que, en definitiva, esencialmente se define como un modo de intervención estatal. Entendemos que estos planteos no se basan en una investigación histórica seria, sino en la postura política reformista de quienes presentan estas tesis. Por eso señalan, como salida a la crisis, “la necesidad de intervención del Estado en esta nueva realidad para enfrentar los desbordes de un mercado imperfecto”. Y citan a Alan Touraine: “El capitalismo actual es predador y lo que hay que hacer es reestatizar al Estado, reconstruirlo, pues su rol de regulador es indispensable”. El progresismo tiene un límite claro: refundar los Estados donde la riqueza aparecía mejor distribuida. Esto no sólo es regresivo sino imposible de lograr (al menos en forma sostenida, como quedó claro tras la crisis de los setenta).



En la tercera parte del libro, el objetivo es analizar el proceso industrializador argentino desde 1958, momento a partir del cual la política estuvo supuestamente dominada por la preocupación de convertir a los países latinoamericanos en países desarrollados. Los problemas estructurales de los países eran la escasez de capitales y la ineficacia en el uso de los factores productivos, por lo que se requería una nueva y vigorosa acción del Estado. Fue la política del desarrollismo, y no el crecimiento de una industria que existía desde antes de la primera guerra mundial, la que difundió en el medio nacional prácticas tecnológicas y estándares de calidad inexistentes hasta ese entonces. A pesar de que se logró cierta economía de escala, las empresas no tendieron a consolidarse como polos de desarrollo ni lograron superar los límites que imponía un mercado interno demasiado pequeño.

En la última parte se estudian las transformaciones ocurridas a partir de 1976. El gobierno militar cambió profundamente las orientaciones con las que se desenvolvían hasta ese momento las actividades industriales. Se instaló un estado neoliberal que postulaba la total confianza en los mecanismos del mercado para la asignación de recursos. Al liberalizarse la economía proliferaron las financieras y se incrementó el ingreso de capitales extranjeros con fines especulativos. A la par se desreguló el comercio exterior con apertura económica y baja de aranceles. La industria sufrió el peor de los retrocesos y se deterioraron las políticas públicas sociales, lo cual afectó la equidad que supuestamente primaba anteriormente.

Lo más llamativo del libro aparece cuando el carácter apologetico del sistema (¿capitalismo con rostro humano?) se hace explícito en una triste defensa de Raúl Alfonsín. Se destaca su impulso para democratizar la sociedad, se justifica la sanción de la aberrante Ley de Punto Final y se critica a la dirigencia sindical (acusada de antidemocrática) por los trece paros que llevaron adelante en cinco años. Se señala que su plan privatizador, que modernizaría la sociedad, no pudo concretarse debido a que los tiempos políticos conspiraron en su contra (el Senado le impidió, por ejemplo, privatizar la aerolínea estatal). El control de la situación lo perdió (hiperinflación) debido a la intervención de los grandes grupos económicos en los mercados. Explicación muy afín en nuestros tiempos: un cuco, los mercados, atentan contra los gobiernos progresistas y contra los capitalistas que quieren producir para el bien del país. Pasan los años y vemos ahora que los mismos argumentos se repiten: la lucha es entre un actor cada día más maltrecho, el Estado que defiende los intereses generales, y los “mercados”, que personifican las fuerzas de la especulación y la desintegración social.

En cuanto a la industria, en los ochenta se ve nuevamente un proceso de retracción con un deterioro en el flujo de incorporación de maquinarias y equipos. Fue la existencia de altas tasas de interés interbancarias lo que desvió recursos hacia colocaciones fuera de la industria. Muchos de los grandes grupos económicos desalentados por la falta de políticas públicas que impulsaran un desarrollo de la industria pasaron de la producción de bienes a la importación.



Se llega así a la ofensiva neoliberal encabezada por Menem, gracias a la cual se produjo un desmejoramiento de la situación de amplios sectores sociales, así como la transferencia de un poder de regulación del conjunto de la economía a sectores cada vez más concentrados, a una elite económica y empresarial con características rentísticas. La pobreza y el deterioro actual, terminan pintando un panorama lúgubre y desesperanzador. Crece el número de pobres marginales, se degradan los sectores medios, disminuye el salario real, se deterioran los servicios públicos y aumentan el desempleo y el subempleo.

Así termina esta obra, sin salida, sin opciones. Sólo proponiendo, tímidamente, una vuelta hacia atrás, hacia un tipo de Estado intervencionista que ya demostró su fracaso. Nunca la lucha, nunca ver las contradicciones inherentes al sistema, nunca un análisis que lleve una salida política revolucionaria. Quizás, sin querer admitirlo, estos autores adscriban a la idea de que el conflicto social, en el capitalismo actual es sólo accidental, producto de tensiones que pueden ser eliminadas o suavizadas con una “ingeniería social” adecuada, con una regulación estatal que logre esa ansiada armonía. Esta es la ilusión de la socialdemocracia reformista. Por el contrario, los marxistas vemos a la sociedad como una unidad de opuestos en la cual la lucha de clases es fundamental. Y esta lucha seguirá hasta que se elimine la contradicción básica, la relación de explotación que el capital produce sobre el trabajo. Y mientras tanto no queremos armonía, queremos lucha, lucha por el socialismo. Para eso desarrollamos la teoría de Marx, como arma para la lucha, no como apologética de un sistema de explotación, miseria y muerte.